

ESTEFANIA VALLS URQUIJO



A PELO

Pelos en la piel que crecen sin querer, que cubren y protegen, y visten superficies con color y texturas que enmarcan nuestra identidad, uno a uno, haciéndose uno, haciéndonos uno por uno, dejándose teñir y moldear para ser otro en los mismos. Quitar los pelos uno a uno, en una lucha sin tregua, si están aquí o los quiero allá, o corto o rasuro o pinto o visto o tapo o peine o despeino o amarro o suelto o halo, porque el pelo nos da o nos quita, nos pone o complica, porque "por los pelos llegamos" o "somos de al pelo" o tenemos o no tenemos "pelos en la lengua", y si pel- leamos se pone la cosa peluda y pelamos a otros o somos peluches o simplemente nos pela una situación peliaguda. La piel cambia de color, como el pelo cambia al nacer, al crecer y al morir, y se llama cana, porque hasta el nombre le cambia. Si es liso o colochó, afro o rizado, canche, negro, castaño, rubio, blanco, pelirrojo...tiene forma y color, igual uno al otro si están juntos y diferentes hasta en el mismo cuerpo, pero no perdonan, porque al menos un pelo tenemos todos. Se caen y crecen, hay más donde hace frío y menos donde calor. Cubren el sexo, salen en el cuerpo cuando nos hacemos hombres o mujeres o los dos, empezando una guerra sin cuartel por quitarlos donde la naturaleza dice y ha dicho que los necesitamos, cosa de genes ancestrales, engañados por el tiempo que no los pone al día, mostrándoles claramente donde se les quiere y donde no, donde hacen falta y donde ya no. Pelos en la cabeza, los brazos, las piernas, pubis, pene, axilas, nariz, oídos, pecho, pezones, cejas, pestañas, dedos de los pies y de las manos, bigote, barba. Pelos comunes o descomunales, sin importar el sexo, el dueño o el querer, salen y salen sin perdón ni control, desde su raíz, desde su matriz...